

torio para no estar siempre empujando...

En cuanto a los estables madrileños, el 78 ha certificado el éxito fulminante de uno de ellos, el TEC, a quien, a falta de ese teatro "fijo" que parece encerrar la palabra "estable", lo hemos visto en dos salas madrileñas, con "Así que pasen cinco años" y "Tío Vanja". Creo que una de las causas principales no ya del éxito —que a menudo depende de factores coyunturales—, sino de la extraordinaria calidad de ambos trabajos depende, precisamente, de la existencia real de un equipo homogéneo, que, en un momento dado, al liberarse de la exigencia de ser "políticamente eficaz frente a la dictadura", ha podido desarrollar la experiencia estética de muchos años. El hecho de que William Leyton, Miguel Narros, José Carlos Plaza y Arnold Taraborelli, constituyen el equipo de dirección permanente, con independencia del responsable de cada espectáculo concreto, que Enrique Llovet opere como dramaturgo y que exista un núcleo de actores con una formación común, constituye, me parece, una realidad que debe —dejando personalismos a un lado— servirnos de ejemplo. A eso me refería precisamente al hablar de las carencias del Centro Dramático Nacional, a sabiendas de que en él habrá de crearse, con características propias y distintas, lo que en el TEC, gracias a la integración del TEI, existe desde el comienzo.

Del otro estable, el Gayo Vallecano, poco hay que decir de momento. Existe la sala. Han comenzado a desfilar los grupos invitados. Falta que la docena de excelentes actores reunidos en torno a Juan Margallo monten su primera obra y pongan en marcha su propio estilo. Aunque aquí, contrariamente a lo que sucede en el Centro Dramático Nacional, es más fácil que sobre discurso teórico —en la medida en que pueda ser, por exceso, una carga para la creación— que falte.

En cuanto al Martín, si bien anunció anticipadamente su programación y procuró contratar unos actores para toda la temporada, no creo que deba considerarse un estable en el sentido que lo es el TEC y quiere serlo el Gayo Vallecano. Sin entrar ahora en la crítica de sus tres montajes del 78 —"Esperando a Godot", "Fuenteovejuna" y "Lástima que seas una puta"—, es evidente que la creación de un estable presupone una suma de personas y de medios que excede en mucho el probado ánimo de dos personas, en este caso, de Mari Paz Ballesteros y Vicente Sainz de la Peña. ■ J. M.

## La edad instantánea

**E**RA de temer. Después de los nuevos filósofos llegan a nuestros "pubs" culturales, con semejante ímpetu mercantil, los nuevos románticos. La industria filosófica de los decepcionados de mayo de 1968 —sociedad muy anónima, pero bastante limitada— continúa su endiablado y rentable ritmo de producción de mitos en cadena. De la Escuela de Gulag a la Escuela de Jena, de Maurice Clavel a Gonzague Saint-Bris, apenas han transcurrido unos meses, aunque, eso sí, infinidad de disidencias. El cadáver de Stalin, apenas digerido, es sustituido por la irresistible resurrección de Hernani. Hartos ya de estar hartos, aquellos maravillosos autogestionarios de una semana descubren con pánico la ética del corazón y, sobre todo, la estética de la muerte. Si hace una temporada se llevaban los más elegantes modelos del sobrevivir, ahora, en el invierno más helado que recuerda Europa, nos ofrecen con reconocible encanto la vieja retórica del bien morir. Está escrito: seremos románticos, porque ayer fuimos desengañados políticos y no hace mucho, revolucionarios en ira. Huidos de la utopía, supremo arte de la fuga, nos hacen tropezar los muy astutos con el aparatoso decorado de la melancolía.

Aquí están los nuevos románticos dispuestos a utilizar la coartada de la decepción de mayo de 1968, de la misma manera que Musset, uno de sus santificados, hizo con la revolución de mayo de 1830. Incluso lo dicen más claro para que no haya dudas: "Mientras que los románticos del siglo XIX fueron eliminados por la revolución marxista, segunda versión, por el emparejamiento monstruoso del Estado y de la revolución, ahora tenemos la suerte de vivir en plena disolución de las ideologías. Tal es la gran ocasión histórica del nuevo romanticismo" (Michel le Bris).

Se veía llegar, de todas las maneras, la nueva moda para el curso entrante. Aquel sincrónico odio que Levy, Glucksmann y compañía manifestaban hacia el viejo Platón, denostado implacablemente como precursor de las siniestras ceremonias de la Plaza Roja y promoción clásica del mismísimo Lenin, sólo podía precipitar el fervor por la cultura germano-romántica. No sostengo la estúpida idea de que la Historia se repita: constato la torpe, monótona y previsible manera que tienen los nuevos mercachifles de repetirla.

Nada más consecuente que después del desprecio por la Grecia clásica representada por Platón acontezca la apología de la Alemania romántica encarnada por Schlegel. Frente a los estragos carcelarios que suele producir el alma apolínea, no quedan más bemoles que ofrecer al público las salvadoras oportunidades del alma dionisiaca. Lo clásico como represión y lo romántico como liberación. Por lo visto, el fantasma de Nietzsche, el fantasma de la Opera, sigue haciendo de las suyas, que pocas veces una intrascendente metáfora goza de tantas oportunidades históricas y proclama en el mercado un valor añadido más: ¡tal!

¿Y qué cuentan estos nuevos románticos? Poca cosa a verdad. Confortablemente instalados en la gloria de las vanidades imposibles, nos hablan de un Mercado Común estético rodeado por todas las partes, incluso por la excepción, de cipreses nacidos sobre las tumbas de Novalis, Hölderlin, Pavese, Pablo VI, Kleist, las hermanas Brontë, Vivian Leigh, Hoffmann, James Dean, Jesucristo,

Mme. Staal, Coleridge, la Virgen María, Larra y el duque de Rivas. El resto, la escenografía de siempre, lo verosímil romántico impuesto por Hollywood: aman la profunda tristeza gris de los lagos de alta montaña, pero les encantaría un charter a Nueva York; detestan la política, pero esperan la llegada del nuevo Baudelaire redimidor de todas las miserias de este mundo; les gustaría disfrutar de una antigua herencia rural, pero están subempleados en la industria cultural; adoran

la muerte, pero viven en glosar las excelencias literarias del suicidio ajeno; asumen la soledad sin fronteras, pero ya están organizando la academia de los jóvenes románticos; tienen sus esperanzas puestas en un idilio tenebroso y atormentado, como el de Hernani y doña Sol,

pero se conforman con un económico divorcio a la mediterránea; discuten con suficiencia de filosofía alemana, pero, en realidad, sólo pronuncian poesía provinciana.

El proyecto de los nuevos románticos, ya digo, es sencillo de formular, pues lo suyo, precisamente, es la inconmensurabilidad y hasta la infinitud, lo total. Se les acusa de querer abarcarlo todo cuando su figura filosófica, justamente, es la del cajón de sastre: todo les cabe, ya que nada les resulta diferente. Para estos románticos indiferentes, como para los auténticos, la vida es de una envidiable simpleza, porque fingen ignorar desde lo alto de sus hermosas lagunas mentales el famoso —y molesto, hay que reconocerlo— principio de no contradicción.

Firmemente convencidos de que lo suyo es una constante histórica como la copa de una conifera, nos invitan a la ceremonia de la identificación de los contrarios y de la fusión espiritual de las oposiciones en nombre del Corazón, la Naturaleza, la Poesía y otras chirriantes mayúsculas que ya creíamos tan enterradas como esos nombres propios que ahora surgen del mármol funerario de Carrara en una invernal noche de vientos ábregos.

Trágicos, multiformes, irracionales, misteriosos, sublimes, ególatras, místicos y estéticos, estos incestuosos cuñados de la revolución frustrada nos incitan —y excitan— a practicar a la vera del año dos mil los principios literarios de la decadencia aristocrática del siglo XVIII. Su éxito mercantil está asegurado porque en el fondo de nuestro corazoncillo de progres tenemos encarcelado a un gatopardo con las uñas afiladas en forma de pasión dispuesto a saltar sobre lo racional.

Delegaron en los muchachos de Maurice Clavel la ardua tarea de asesinar a los clásicos, pero en lugar de cuchillos borgianos los del Gulag clavaron en los maestros pensadores alfileres de vudú. Convencidos de que habían perpetrado el crimen del siglo, ofrecieron a Gonzague Saint-Bris la estética de recambio.

Son los riesgos ridículos de la edad instantánea. Hay que tener una idea muy cazorra de la modernidad para sospechar que los discípulos del crítico de televisión del "Nouvel Observateur" puedan alcanzar tal grado de criminalidad filosófica y que, encima, los seguidores de un vulgar comentarista de Radio Europa Número 1 logren romantizar el continente de cabo a rabo.

Dispuestos a ser vanguardistas a costa de la tradición, no es prudente olvidar que la palabra "romántico" aparece por vez primera en Inglaterra en la segunda mitad del siglo XVII. Pero para designar irónicamente lo que "sólo ocurre en las novelas". ■

## LOS NUEVOS ROMÁNTICOS

JUAN CUETO ALAS